

es estar Jesucristo en la Eucaristía? Es estar en el mundo como si no estuviera en él; estar entre los hombres pero invisible; oír sus vanos discursos, sus quiméricos consejos, sus esperanzas frívolas, sus inquietudes, sus empresas, y dejarles obrar. Tribútanle honores divinos y le ultrajan, y permaneciendo siempre él mismo, se muestra tan insensible á los insultos como á los rendimientos; ve renovar los siglos, los imperios, las familias; ve mudar las costumbres, variar el gusto y las edades de los hombres, cesar los usos y volver á revivir; ve la figura de este mundo en una continua revolucion, prevalecer las herejías, destruirse su heredad, las guerras, las sediciones, trastornarse todo repentinamente, temblar todo el universo, y permanece tranquilo sobre sus ruinas, y nada le aparta de la íntima é inefable aplicacion á su Padre; nada turba el divino reposo de su santuario, en el que siempre está vivo para interceder por nosotros. Volvedle á mirar, y obrad segun este ejemplar. Lleguemos á la sagrada mesa con los ojos cerrados mucho antes á cuanto pueda ofender á nuestra alma, con una lengua cercada de una guardia de circunspeccion y de vergüenza, con unos oídos castos é impenetrables á los silbidos de la serpiente y á la sensualidad de los sonidos y voces tan propias para corromper el corazón, con una alma tan insensible á los desprecios como á las alabanzas, con una alma incapaz de alterarse por los sucesos de la tierra ni por las revoluciones de la vida; igual en la buena y en la mala fortuna; que mire con indiferencia cuanto sucede en el mundo, que juzgue de los bienes y males que la suceden como si no la tocasen, y que en medio de las agitaciones de la tierra, del tumulto de los sentidos, de la contradiccion de las lenguas, de las vanas empresas de los hombres, esté siempre atenta á no perder la paz de su co-

razon, á caminar tranquilamente hácia la eternidad, á no perder de vista á su Dios, y á tener siempre su conversacion en el cielo.

No quiero decir con esto que deban excluirse del altar todos los que no han llegado á este estado de muerte. Este es un asunto que pide toda la vida, y la carne de Jesucristo es un socorro para fortificarnos y ayudarnos en esta empresa. Pero es necesario haber á lo menos empezado para no llegar al altar indignamente. Es necesario estar en una continua pelea con los sentidos, con la corrupcion, con las flaquezas, y adelantar todos los dias alguna cosa. Es necesario practicar la abnegacion cristiana. Es necesario expiar con el retiro, con el silencio, con las lágrimas, con la oracion, con las maceraciones, las continuas victorias que de nosotros alcanzan el mundo y los sentidos. Es necesario levantarse con tiempo de las caidas. Lo que quiero decir es, que una comunión no es negocio de un dia ni de una solemnidad, que toda nuestra vida debe ser una continua preparacion para la Eucaristía, que todas nuestras acciones deben ser como pasos que nos guien al altar, que la vida de la mayor parte de las personas del mundo, aun de aquellas que no viven en el desórden, que de nada se angustian, que viven segun los sentidos, que solo les mueven los intereses terrenos, es una vida que no anuncia la muerte del Salvador, y por eso deben ser excluidas de este misterio. Os quiero hacer conocer que la Eucaristía es un festin, si es lícito decirlo así, de duelo y de muerte. Que las alegrías, los placeres, las vanas decoraciones, afean esta sagrada mesa y hacen que seais despreciado como el que se presenta con un vestido roto y sucio; que es imposible alimentarse á un mismo tiempo con las viandas de la tierra y con el pan del cielo, y que desde el instante que lle-

garon los israelitas á las fronteras de Canaan y empezaron á comer los frutos de la tierra, dice la Escritura, que dejó de llover maná y no volvieron á alimentarse con esta celestial vianda: *Defecitque manna, postquam comederunt de frugibus terræ.* Quiero daros á entender que este Sacramento es el fruto y no la señal de la penitencia. Que los que solo comulgan por razon de la solemnidad, mas son profanadores que verdaderos adoradores. Que es imposible sustentarse con el cuerpo de Jesucristo sin vivir de su espíritu. Que es tambien necesario que el Espíritu Santo descansa sobre una alma, como sobre María, antes que Jesucristo venga á ella como á encarnar de nuevo. Quiero daros á entender que la leccion de los libros santos y los saludables rigores de la penitencia deben preparar en nuestros corazones la morada á Jesucristo, para que seamos como arcas santas, y que este celestial maná descansa en ellos en medio de las tablas de la ley y de la vara de Aarón. Quiero daros á entender que nada os debe hacer temblar tanto á vosotros que vivís en los peligros del siglo y los amais, como las comuniones que habeis hecho antes de haberos probado y sin mas precauciones que una confession. Quiero daros á entender que el pan de vida se muda en veneno para la mayor parte de los fieles. Que casi ve el altar mas delitos que el teatro. Que es mas ultrajado Jesucristo en su santuario que en las asambleas de los pecadores, y que las solemnidades son para el Señor misterios de luto y dias destinados á afrentarle. En una palabra, os quiero dar á entender que para llegar dignamente es necesaria una fe respetuosa que nos haga discernir, una fe prudente con que nos examinemos, una fe viva

que nos haga amar, y una fe generosa que nos haga sacrificar. Sin esto el recibir al Señor es hacernos una culpa de su carne y de su sangre, es comer y beber su juicio.

¡Ah Señor, y qué poco he conocido yo hasta ahora la extrema inocencia y pureza que pedís en los que llegan á alimentarse con este pan celestial! El Centurion, aquel hombre de una fe tan viva, tan humilde, tan ilustrado, aquel hombre tan rico de buenas obras, que amaba á vuestro pueblo, que levantaba sagrados edificios á vuestro nombre, destinados para las públicas oraciones y para interpretar vuestras Escrituras; aquel hombre no se juzgaba digno ni aun de recibirnos en su casa. La mas pura de todas las vírgenes, cuando la anuncia el ángel que vais á bajar á su seno, se atemoriza, considera su miseria, y si la queda alguna fuerza para hablar, solo es para preguntar: ¿cómo podrá ser esto? ¿Pues quién soy yo, Señor, para atreverme á sentarme á vuestra mesa con tan poca precaucion? Yo que me pongo tan vacío en vuestra presencia, que no tengo que ofrecer sino las reliquias de un corazon á quien ha ocupado el mundo tanto tiempo y que reserva para las criaturas y para las pasiones la parte mas principal de él; yo que no llevo á vuestros altares mas que unos débiles ensayos de salvacion y obras llenas de pecados; yo que solo excedo á los demás pecadores en el abuso que he hecho de vuestras gracias, en las luces inútiles y en los pensamientos que se han exhalado en deseos; que no llevo mas inspiraciones, que no consiguen de mí otra cosa mas que vanos amagos de conversion; un corazon incapaz de familiarizarse ni con el pecado ni con la virtud, un natural feliz y casi naturalmente enemigo del exceso y del vicio, á quien con todo eso yo he alterado.

¡Ah Señor! los frutos de una comunión santa son tan abundantes y sensibles, el alma sale tan inundada en vuestras gracias y favores, que aun cuando yo no tuviera otras señales de lo indigno de mis comuniones que su inutilidad, debiera temblar y confundirme. Cuando se come vuestra carne dignamente, vos nos enseñáis que aun se padece hambre, y yo me retiro de esta sagrada mesa fatigado y cansado de mis respetos; respiro al salir de ella como al salir de un cumplimiento ó de una molestia; me alegro de haber acabado como si hubiera dado fin al negocio mas penoso, y si algun gusto experimento, es el de los placeres y del mundo. Cuando se ha comido dignamente vuestra carne, quedamos en vos y vos quedais en nosotros; esto es, vuestra sangre preciosa que corre por nuestras venas nos deja vuestras inclinaciones, vuestro amor y vuestra semejanza; somos como otro vos mismo, y como en príncipes herederos de una sangre real, se debe advertir en nuestro semblante cierto aire de majestad que anuncie nuestra nobleza; no deben manifestarse en nosotros sino inclinaciones nobles y pensamientos dignos de la sangre que hemos recibido, y con todo eso, yo siempre hallo en mí pensamientos terrenos, inclinaciones bajas y mundanas, un corazón que aun se revuelca en el cieno y que no sabe levantarse sobre las criaturas y volver á vuestro seno, de donde salió. • Cuando se come dignamente vuestra carne nos enseñáis que vivimos para vos y que esto es vivir eternamente, y yo he continuado viviendo para el mundo, para mí mismo, para los hombres que me rodean, para mis placeres, para mis proyectos de fortuna, para mis negocios, para mi familia, para mis hijos, para mi gloria, sin dejar para vos apenas un instante en todo el día. ¿Qué he de hacer, pues, Señor? ¿me he de retirar de vuestra mesa, me he

de privar de este fruto de vida? ¿no se ha de partir para mí el pan de consolacion? No, Señor, vos no quereis excluirme, sino hacerme digno, no quereis que me retire, sino que me disponga, no me negais el pan de vuestros hijos, pero no quisiérais que mi indignidad os obligase á ofrecerme en su lugar una serpiente. Preparaos, pues, Señor, dentro de mí mismo una digna morada. Allanad las alturas, enderezad las sendas torcidas, purificad mis deseos, enmendad las inclinaciones ó criadlas de nuevo. Vos solo podeis ser vuestro precursor y prepararos los caminos en las almas; llenadnos, pues, Señor, de vuestro espíritu, para que comamos dignamente vuestro cuerpo y vivamos eternamente para vos. *Amen.*

